

le hizo abandonar toda idea de grandeza: aun es probable que sus emisarios dirigieran hacia él el pensamiento de los chaiques de España: estos, hallándole precisamente idóneo para realizar sus proyectos, le invitaron á salir de su oscuridad y á recuperar el esplendor que convenia al nieto de Mohaviah y de tantos califas. Admitió con júbilo sus proposiciones, y habiendo obtenido alguna ayuda de los zenetes, desembarcó en las costas de España.

Califato Omniada.—Yusuf había triunfado de Amer y dominado á sus hijos (25 setiembre de 755), cuando sobrevino este nuevo enemigo, y llegó hasta él el grito que resonaba en toda Andalucía: «¡Dios proteja á Abd-el-Rahman-ben-Mohaviah, rey de España!» Yusuf y Samail hicieron tenaz resistencia; pero vencidos en Musara, se vieron obligados á pedir entrar en negociaciones y á someterse, si bien no dejaron de inquietar á Abd-el-Rahman mientras vivió.

Abderraman I.—Tampoco se resignó en sosiego el califa de Oriente á la pérdida de tan hermosa provincia. Envió contra el Omniada á Ali-ben-Mogheit, quien tratando al nuevo rey como aventurero rebelde, y haciendo llevar una bandera puesta en sus manos por el mismo califa, prometia mares y montes á todo el que se le incorporara. No por eso dejó de ser vencido y muerto por Abd-el-Rahman y hubo quien se atrevió á salar su cabeza, y llevarla hasta Bagdad, donde la colgó de los muros del palacio, con gran susto de Almanzor, quien tuvo á dicha hallarse separado por tantos países y mares de tan formidables adversarios. De esta suerte el estandarte blanco, abatido en Arabia, ondeó á orillas del Guadalquivir; y Abd-el-Rahman, señor de la España, dió principio á una serie de reyes Omniadas, independientes de los califas orientales, y acogió á los que eran perseguidos en Siria por su adhesión á la familia desposeída.

Sin embargo se hallaban en España muchos descontentos: personas que habían perdido el valimiento de que gozaban ó sus grados en la revolución, y otros partidarios celosos de la unidad religiosa, tenían horror á aquel cisma. Un fanático salió á campaña para oponerse al pago del *azan*, es decir, el diezmo, á un príncipe que le empleaba en hacer la guerra á los verdaderos creyentes del Magreb. Fomentaba el Africa estos odios, que sofocados en una parte, estallaban en otra. Pero cuando los emires de Africa pensaron en hacerse independientes, ya nada tuvo que temer por este lado España.

En medio de estas agitaciones hubiera podido prosperar el reino de Asturias; pero á la muerte de Alfonso (757), se alzaron descontentos contra Fruela, su hijo, quien á pesar de todo alcanzó el triunfo. Este príncipe edificó á Oviedo, haciéndola la capital de sus Estados y derrotó á Abd-el-Rahman en un principio; pero sintiéndose luego sin disposición para resistir al enemigo exterior, com-

pró la paz de los árabes á costa de un enorme tributo (9).

Duró todo el tiempo de su reinado: cuando succumbió luego bajo el hierro de sus deudos (768), Aurelio, que ascendió al trono, pensó en librarse de este tributo vergonzoso. Habiendo penetrado los musulmanes en las montañas vencieron á los cristianos repetidas veces, y por gracia especial obtuvo Aurelio la renovación del antiguo tratado.

Silo, su sucesor (774), tuvo tambien que resignarse á él para dejar que su nación á beneficio de la paz recuperara fuerzas y adquiriera la solidez que da el tiempo á todas las instituciones. Conociendo su fin próximo (10), y queriendo evitar discordias en la elección de su sucesor, llamó á la corte á Alfonso, hijo de Fruela, y este príncipe se mostró digno por sus bellas cualidades de ocupar el trono que le destinaba Silo. Pero, á fin de desposeerle Mauregato, á quien había tenido Alfonso el Católico en una mora, pidió socorros á Abd-el-Rahman (783-788), con los cuales despojó á su

(9) En el nombre de Dios clemente y misericordioso. «El magnífico rey Abd-el-Rahman otorga paz y protección á todos los cristianos de España, seculares ó clérigos, así como á todos los habitantes de la *Castilla*, prometiendo sobre su alma que este tratado será fielmente observado por su parte; obligándose por la suya los cristianos á pagarle ó á consignarle anualmente, durante cinco años consecutivos, diez mil onzas de oro, diez mil libras de plata, diez mil caballos y otros tantos mulos, mil corazas, mil lanzas y mil espadas.

«Fecho en Córdoba el tercer día de la luna de safer, año 142 de la Egira.»

Conde observa que la palabra *Castilla*, Castilla, fué verosimilmente inserta en este tratado por un error de copista, atendido que en esta época llamaban los árabes Galicia, y no Castilla, al territorio situado mas allá de la sierra de Guadarrama, ó *Gibal-Axerrat*.

(10) Dicese que en la Iglesia de San Salvador de Oviedo, fundada por Silo, se leía antes este epitafio:

T I C E F S P E C N C E P S F E C I T
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
E C N I R P O L I S I L O P R I N C E
P E C N I R P O L I L O P R I N C E P
S P E C N I R P O L O P R I N C E P S
F S P E C N I R P O P R I N C E P S F
E F S P E C N I R P R I N C E P S F E
C E F S P E C N I R I N C E P S F E C
I C E F S P E C N I N C E P S F E C I
T I C E F S P E C N C E P S F E C I T

Partiendo de la S central se encuentran repetidas docientas setenta veces las palabras SILO PRINCEPS FECIT.

sobrino, permaneció fiel á los árabes, y estimuló los matrimonios entre ellos y los cristianos, lo cual le atrajo el odio de sus súbditos: quizá tomaron de aquí ocasion para contar que se obligó á satisfacer á los árabes cada año el feudo de cien doncellas.

Verdaderamente las alianzas de los españoles hubieran debido ser por naturaleza al norte de los Pirineos, donde la preponderancia de Carlomagno hubiera servido de apoyo á los cristianos. Con efecto, este héroe traspuso los montes, no para hacer triunfar la cruz, sino en virtud de ser llamado por los chaiques rebeldes. Uno de los numerosos descontentos que había hecho el cisma era Soliman-ben-Arabi, emir de Zaragoza, que, habiéndose ganado la voluntad de los alabdarios, una de las principales familias de la ciudad, levantó contra Abd-el-Rahman el estandarte de la rebelión. El emir de Barcelona, que había tributado homenaje á Pepino el Breve, se dirigió (777) á la dieta de Paderborn para implorar la asistencia de Carlomagno. Otorgóle éste de buen grado su demanda, si bien, poco afortunado en su expedición, hizo una retirada desastrosa y perdió en Roncesvalles á la flota de sus guerreros (778).

Parte por fuerza, parte en virtud de negociaciones, Abd-el-Rahman vió respetada su autoridad en Toledo, Mérida, Sevilla, Zaragoza, Valencia, y se esforzó por restablecer el orden en todos estos puntos. Religioso, afable, prudente, equitativo, multiplicó los cadis, á fin de que donde quiera se administrara justicia; estableció escuelas, fundó y dotó nuevas mezquitas, agregando tambien á ellas personas que enseñaran el Coran, segun la doctrina de El-Auzei de Damasco, doctrina que fué posteriormente abandonada por la de Malek-ben-Anas. Celebró las fiestas con gran solemnidad: hizo acuñar moneda (11); hermosteó en particular á Córdoba, donde enfrenó la furia del rio y levantó una mezquita: queria que eclipsara á la de Damasco. Subía á veces á la gran torre para disfrutar de la perspectiva de un horizonte tan estenso como el de las llanuras en que se había criado, porque la mansión de la deliciosa España no había estinguido en los árabes el amor á su pais nativo, y á los nombres de Sevilla, Cabra, Elvira, Jaen, sustituan los de Emesa, Wasita, Damasco, Quinsarina. Abd-el-Rahman plantó en Córdoba una palmera, la primera que dió sombra en España, y á veces le dirigía este canto: «Hermosa palmera, eres como extranjera en este suelo; pero la brisa de Occidente acaricia blandamente tus hojas: tus raíces hallan

(11) Léase en ellas por un lado: *Alá es Dios, y no hay más Dios que Alá; y por exergo: En el nombre de Alá esta moneda fué acuñada en Andalucía el año de... Se leía en el reverso: Dios es uno, es eterno, no tiene padre, hijo, ni igual; y por exergo: Mahoma, enviado de Dios para dar á conocer su ley y hacerla triunfante á pesar de los infieles.*

un terreno fecundo, y tu copa se alza en medio de una atmósfera pura. ¡Cómo llorarias si pudieras experimentar los cuidados que me consumen! Nada tienes que temer de la adversa fortuna; yo soy constante blanco de sus tiros. Cuando la suerte contraria y el furor de Abas me desterraron de la patria, mis lágrimas regaron las palmeras que crecen á las orillas del Éufrates; pero ni las palmeras ni el rio han conservado memoria de mi dolor. ¡Tú, hermosa palmera, no echés de menos la patria!»

Hescham I, 788.—Reinó treinta años, y tuvo por sucesor á Hescham, á quien había asociado anteriormente al trono. Poco dispuestos sus hermanos á obedecer, sublevaron diferentes provincias, y hubo necesidad de someterlos por la fuerza de las armas. Cuando se vió afirmado en el trono, pensó en terminar la conquista de la península proclamando la guerra santa, á la que todos debían concurrir con sus brazos ó su dinero, suministrando armas ó caballos. Abd-el-Vaid se puso en marcha al frente de treinta mil guerreros contra Asturias, y se adelantó hasta Lugo, devastándolo á su tránsito todo.

Alfonso II.—Bermudo el Diácono, sucesor del rey Mauregato, sintiéndose debilitado por los años, tuvo la generosidad de confiar el mando al desposeído Alfonso, hijo de Fruela, y éste, volviendo á dirigir los negocios por medio de medidas tan prontas como eficaces, rechazó al enemigo, le quitó las tierras y el botín, y le obligó á emprender la retirada. Por gratitud cedió Bermudo al jóven adalid la corona que le había conservado (791), y que supo después conservar para sí propio, manteniendo distantes á los árabes, sin andar con contemplaciones y adelantándose victorioso hasta Lisboa. La pureza de sus costumbres fué causa de que se le apellidara el Casto: envió presentes á Carlomagno é hizo prosperar el reino. A pesar de todo, los descontentos le depusieron y le encerraron en el monasterio de Abeila. Pero al asomar otra vez el peligro se vió restablecido (801), y esclareció su fama con nuevas victorias.

Otro cuerpo del ejército árabe, á las órdenes de Abd-el-Malek (794), se había arrojado sobre la Galia Narbonense, había tomado y destruido á Gerona, y espulsado á las montañas á los cristianos de la Celtiberia. Habiendo cruzado enseguida Abd-el-Malek los Pirineos, prendió fuego á los arrabales de Narbona, y se dirigió sobre Carcasona. Agrupáronse los vasallos francos entorno de Guillermo, conde de Tolosa, encargado por Carlomagno de la defensa de las provincias del Mediodía; pero fueron derrotados en Villedaigne, y los sarracenos recorrieron sin obstáculo la Aquitania, desde donde regresaron á España, empujando delante de ellos una multitud de prisioneros, y siendo portadores de enormes riquezas destinadas á terminar la mezquita de Córdoba. Este edificio, convertido actualmente en catedral, tiene seiscientos pies de longitud y doscientos cincuenta de anchu-

ra. Está sostenido por mil ochenta y tres columnas de mármol y de jaspe, que le dividen en diez y nueve naves, cada una de las cuales tiene su puerta de bronce ornada de bajo-relieves: la del centro es de oro. Alumbrábanla de noche cuatro mil setecientas lámparas, en que se quemaban ciento veinte mil libras de aceite cada año, y ciento veinte libras de madera de áloe y de ámbar gris para perfumarla.

Hescham construyó el puente de doce arcos sobre el Guadalquivir: fundó escuelas, impuso á los cristianos la obligación de aprender el idioma de sus señores y de renunciar al latín en los actos oficiales: protegió á los sabios y á los poetas, siendo él también poeta; plantó jardines, y cultivaba allí flores con sus propias manos, y cantaba: «Es abierta y liberal la mano del noble: no se asocia con la magnanimidad la codicia de la ganancia. Amo los jardines floridos y su soledad dulce y amena: amo la brisa de los campos y la risteña gala de los prados; pero no aspiro á poseerlos. ¿Con qué objeto me ha proporcionado el cielo tesoros, sino para tener la satisfacción de distribuirlos? Dar es mi ventura en los tiempos prósperos: pelear es mi deber cuando la guerra me llama, y según la necesidad lo requiere, hago uso de la espada ó de la pluma. Sobre todo sea mi pueblo venturoso: no necesito de otros bienes.»

Habiendo hecho proclamar sucesor suyo á su hijo El-Hakem, le decía: «Penetren hasta el fondo de tu corazón y queden allí grabadas mis últimas palabras. Son los consejos de un padre que te ama. De Dios son los reinos, y según su voluntad los da ó los quita. Démosle gracias eternas por habernos colocado en el trono de España; y para conformarnos con su santa voluntad, hagamos bien á los hombres, único fin para que ha puesto en nuestras manos el poder supremo. Sea siempre igual tu justicia, protege sin distinción al rico y al pobre. No consientas que tus ministros sean injustos á la sombra de tu nombre. Muéstrate dulce y clemente respecto de tus súbditos, porque Dios es nuestro comun padre. Escoge para gobernar tus provincias varones prudentes y esclarecidos. Castiga sin compasión á los agentes prevaricadores que esquilmán al pueblo con exacciones arbitrarias. Trata con bondad á los soldados, aunque sin manifestarles dulzura, á fin de que no abusen de las armas que la necesidad te obligue á confiarles. Sean defensores del país y no sus tiranos. Piensa en que el amor de los pueblos constituye la gloria y la seguridad de los reyes: el poder de un príncipe que se hace temer, es transitorio, y es cierta la ruina de un Estado cuyo soberano se haya hecho odioso. Protege á los labradores, que nos alimentan con sus trabajos; vela sobre los campos y sobre las cosechas. En suma, condúctete de manera que el pueblo viva feliz á la sombra de tu trono, y disfrute en seguridad de los bienes y de los placeres de la vida. Hé aquí, hijo mío, en lo que consiste un gobierno sábio.»

El Hakem, 796.—Mal correspondió Hakem á la educación y al ejemplo paterno; pues se mostró vano y presuntuoso, de un natural duro y arrebatado. Sus tios tornaron á alegar sus antiguas pretensiones, al mismo tiempo que los galos recuperaban palmo á palmo la Narbonense invadida. El valor de Foteis reprimió á los primeros y rechazó á los segundos. Luis, rey de Aquitania, enviado por Carlomagno á socorrer al rey de Asturias, tomó á Barcelona después de una vigorosa resistencia; pero El-Hakem invadió poco después la Navarra, y descendiendo hacia el Ebro se apoderó de Huesca. Amrú, que gobernaba en Toledo en su nombre, derramaba torrentes de sangre cristiana, y bajo el pretexto de celebrar una fiesta, cogió y decapitó en una noche cuatrocientos ilustres toledanos (*cades foveæ*). El mismo Hakem, encerrado con sus mujeres, no daba muestras de su poder sino por medio de órdenes sanguinarias y de impuestos enormes. Córdoba acabó por sublevarse; y arrojándose el rey sobre los insurgentes, los venció y entregó la ciudad al saqueo y á la matanza. Trescientas personas empaladas ofrecieron un horrible espectáculo á lo largo del río: por último, al cabo de tres días mandó suspender las ejecuciones, y permitió abandonar el país á los que habían quedado. Algunos fueron á llevar su miseria á Toledo: otros, en número de ocho mil, pasaron á Africa y aumentaron la población de la ciudad naciente de Fez; habiendo ganado quince mil de ellos á Alejandria, la tuvieron á su merced, hasta el momento en que el valí de Egipto les determinó, mediante considerables sumas, á trasladarse á Creta. Reunidos en aquella isla con los egipcios y los sirios del Irak, fundaron á Candía y se dedicaron á la piratería (822).

Los remordimientos y las voluptuosidades volvieron loco á Hakem el Cruel. Unas veces reunía á los chaires y al ejército como si se tratase de una expedición lejana, y luego, sin decirles nada los despedía; otras hacía llamar á media noche á los cadis y á los vasires de la corte, mandaba entrar enseguida á sus cantoras, y después de haber bailado y tocado, despedía á los asistentes. Cierta día en que el esclavo encargado de humedecer y perfumar su larga barba había tardado un instante, le tiró á la cabeza un frasco de almizcle. Como éste se quejara por lo bajo, exclamó Hakem: *¿Qué! ¿Temes que lleguen á faltar perfumes, porque he roto una ampolla? ¿No sabes que para tenerlos siempre he hecho rodar trescientas cabezas en un día?*

También se exhalaban en canciones su melancolía y su impetu belicoso, de las cuales nos han quedado algunos fragmentos, y en especial un himno guerrero que empieza de este modo: «He visto desvanecerse los abismos con la espada; pero me he alzado sobre la cumbre de los montes, y los montes se han convertido en humildes valles. Díganlo mis fronteras. ¿Temen acaso ser pisoteadas por los caballos de los ginetes enemigos? ¿Ven brillar el acero en

sus manos? ¿Oyen otro ruido que el de los arroyos que se despeñan de las rocas y arrastran en su curso los árboles de la selva? Mis fronteras dirán si yo soy el primero entre los héroes, y si mi espada fué la primera que se tiñó de sangre. Jóvenes guerreros han huido asustados al aspecto de los peligros y de las fatigas, mas no los de mi escuadrón selecto, porque el que me acompaña nunca conoció la infamia ni el miedo.»

Los libros de su biblioteca, cuyo catálogo razonado había hecho él mismo, ascendían al número de cuatrocientos mil volúmenes. Le fué deudor el califato de Córdoba de dos instituciones: un ejército regular y asalariado, con sus almacenes de víveres y municiones, y una fuerte marina.

A la par que en los demás países han dejado los godos la reputación de bárbaros é ignorantes, su dominación en España es considerada como una edad de oro, un tiempo de virtud, de heroísmo, de poesía. Esto proviene no tanto de la bondad peculiar de aquel pueblo, que á decir verdad, fué el menos grosero, entre los bárbaros, cuanto de que se asoció á su nombre el recuerdo de la independencia nacional, y la comparación con los nuevos invasores.

Condición de los cristianos.—Conocemos bastante á los árabes para figurarnos el destrozo que hicieron en la península, llegando como los demás en clase de conquistadores, y siendo adversarios de la religión dominante. En pos vinieron las discordias entre los invasores mismos, y los indígenas les vieron con amarga satisfacción verter olas de sangre por conservar el derecho de oprimirlos. Una vez resueltos á establecerse en España, cesaron de devastarla á su antojo y conservaron todo lo que no amenazaba directamente su dominación. Dejaron á los mozárabes la propiedad, con la obligación de pagar el mismo impuesto que los musulmanes, esto es, un 5 por 100 sobre los bienes muebles, y la décima parte de los frutos de los bienes raíces: los varones eran sometidos por una vez á la capitación. Tomaron para sí las armas y los caballos, pues los vencidos estaban excluidos del servicio militar, y se apropiaron los bienes del fisco, parte de los eclesiásticos y los de los emigrados ó prisioneros. Quedaron las mismas diócesis con obispos elegidos libremente y con el clero secular y regular. Parte de las antiguas iglesias fueron convertidas en mezquitas; se prohibió construir otras nuevas ó agrandar las viejas; los ritos se celebraban, pero dentro de los templos, pues no se permitía pompa alguna exterior, ni aun tocar las campanas, exceptuándose solo de esta prohibición los mozárabes de Córdoba.

Nos queda la capitulación otorgada en 734 por dos capitanes sarracenos á los habitantes de Coimbra y sus inmediaciones, en que se especifica que los cristianos pagarán doble que los árabes; las iglesias veinte y cinco libras de plata; los monasterios, cincuenta, y las catedrales ciento. Allí se dice que los cristianos tendrán un conde de su nación

en Coimbra, y otro en Agueda para administrar justicia, aunque nadie podrá ser condenado á muerte sin orden del *algazil* árabe. Si un cristiano mata ó injuria á un árabe, será juzgado por el *algazil* con sujeción á las leyes del ofendido. Si un cristiano viola á una doncella árabe, deberá hacerse musulmán y casarse con ella; de lo contrario, será condenado á muerte; y sufrirá la pena capital si el ultraje ha sido á una mujer casada. El cristiano que entre en una mezquita ó hable mal de Mahoma ó de Alá, estará obligado á declararse musulmán ó perecerá. Dirán los sacerdotes misa á puerta cerrada, bajo la multa de diez libras de plata. No maldecirán los obispos á los reyes musulmanes so pena de la vida. Quedarán en paz los monasterios si pagan cincuenta libras de plata. Fué exceptuado el de Lorban de este tributo, porque aquellos monjes tenían costumbre de indicar de buena fe á los musulmanes los mejores sitios para la caza, y de prestarles buena acogida, de modo que podían ir á Coimbra y comprar con exención de tributos, aunque sin permiso especial no podían salir del territorio. También nos queda un decreto del año 759, por el cual regulaba Abd-el-Rahman para tres años el tributo debido por sus súbditos cristianos. Consistía en seiscientos veinte y cinco libras de oro, veinte mil marcos de plata, diez mil caballos, otros tantos mulos, mil corazas, y otros tantos sables y lanzas.

Por más que los historiadores musulmanes guarden silencio sobre el particular, y por más que nuestros historiadores modernos encomien la tolerancia de los califas, podemos colegir que la división entre vencedores y vencidos, manantial de tantos padecimientos para otros pueblos, se exacerbó en España á causa de los odios religiosos. Cuéntase que los cristianos contribuyeron á los moros con cien doncellas cada año, hasta que siete jóvenes de Simancas, destinadas á tal sacrificio, se cortaron la mano, y de este modo despertaron el valor de los españoles, quienes redimieron aquel vergonzoso tributo por medio de una batalla (12). Habiendo Abd el-Rahman perseguido y muerto á algunos por la fe, varios monjes salieron de su retiro predicando contra el falso imán, tanto, que los musulmanes temieron que estallase una rebelión. «Los calabozos (escribe Eulogio de Córdoba, uno de los mártires de aquella época), están llenos de clérigos que cantan allí las alabanzas del Señor, mientras que las iglesias enmudecen cubiertas de telarañas; pero el sacrificio que Dios acoge mejor es un corazón contrito.»

Rodrigo, sacerdote de Córdoba, tuvo dos hermanos, y habiéndose hecho uno de ellos musulmán, resultaron de aquí continuas disputas y riñas. Una vez que Rodrigo trató de calmarlos, le hirieron y dejaron medio muerto: entonces el hermano

(12) De este hecho fabuloso sacó Lope de Vega una de sus tragedias mas heroicas.

infiel llamó á los vecinos, y les dijo que su hermano antes de morir, habia manifestado deseo, á pesar de su cualidad de sacerdote, de declararse musulman. Cuando Rodrigo volvió en sí, y tuvo conocimiento del hecho, huyó de aquellos lugares; pero obligado por alguna necesidad á entrar de nuevo en Córdoba, mientras que la persecucion era cada vez más activa, fué reconocido por su perverso hermano, el cual le condujo á la presencia del cadí, y este le mandó poner preso, y en seguida hizo que le cortasen la cabeza, y le arrojasen al rio con los demás que permanecian fieles á sus creencias.

Flora, oriunda de padre musulman y de madre cristiana, y educada en la religion verdadera, ocultó su creencia, hasta que creciendo en edad la divulgó. Su hermano, en venganza, mandó prender á muchos clérigos y religiosas; y no pudiendo conseguir ni aun así que renunciase á la fe de sus antepasados, la entregó al cadí, quien, después de recibirle la confesion, la hizo golpear en términos de quedarle descubierto el cráneo; en seguida, la devolvió á su hermano á fin de que dispusiese lo necesario para su cura y conversion. El la confió á algunas mujeres; pero Flora, no bien se vió buena, huyó, y encontró en una iglesia á Maria, hermana de un diácono que habia sufrido el martirio, y ambas, deseosas de imitarle, se presentaron al cadí, declarando que su fe era la misma que la de aquél. El cadí las puso en una prision, amenazándolas con privarles de la vida y de la pureza; pero viendo que no deponian su firmeza é intrepidez, las mandó decapitar, y abandonó sus cuerpos á los perros. Eulogio, que las habia encontrado en la cárcel, nos ha conservado su memoria, como tambien la de otras personas que perecieron entonces, para probar que debian ser veneradas no menos que los primeros mártires. Describiendo los insultos que se hacian á los sacerdotes, dice: «Ninguno

de nosotros está seguro, cuando algun negocio nos obliga á presentarnos en público; apenas descubren en nosotros la más leve señal de que somos eclesiásticos, nos tocan las matracas como á los mentecatos; y si no basta el injuriarnos, los muchachos nos apedrean. Hay muchos que no sufren que nos acerquemos á ellos, y se creerian contaminados si tocásemos sus vestidos; apenas oyen el sonido de nuestras campanas, no hay maldicion que no lancen contra nuestra religion.»

Insultaban frecuentemente los mozárabes á Mahoma, y respondian con señales de horror á la invitacion de orar que hacia el muezin. Hubo reacciones, y en tiempo de Abd-el-Rahman perecieron muchos; hasta que viendo este príncipe que sus reliquias eran consideradas como sagradas, las mandó quemar, é hizo que un sínodo declarase que el provocar de aquel modo el martirio estaba desaprobado por los Santos Padres.

Así, pues, los musulmanes como los demás tiranos, eran buenos con aquellos que lo sometian todo á su voluntad, hasta las creencias. Esta enemistad era una de las causas en cuya virtud podia verse que no duraria la aparente prosperidad del reino árabe, y que á su lado se desarrollarian los Estados cristianos, cuyo objeto exclusivo y constante era sacar partido de las desgracias ó de la negligencia de sus adversarios. Además de que en lo interior las diversas tribus, lejos de fundirse en una sola nacion, se declaraban enemigas entre sí, agregándose á esto las disensiones religiosas de que hemos hablado, alimentos todos de la ambicion de los valis, siempre ansiosos de independencia.

En el curso de esta historia, veremos los medios de gobierno que introdujeron los emires y cómo favorecieron las artes y las ciencias, hasta el punto de hacer que algunos escritores celebren su dominacion en España.

CAPÍTULO VIII

IMPERIO GRIEGO

LOS HERÁCLIDAS, 641-711.

¿Quién no hubiera creído que la incesante amenaza de una nacion tan formidable como los árabes hubiera debido poner término á las disensiones del imperio de Oriente? Pero la caída del Occidente no le instruyó en nada; en vez de pensar en rejuvenecer sus instituciones y en hacer brillar algun vislumbre de la libertad civil, se apoyaba en tropas extranjeras; vémosle provocar por su tirania las insurrecciones y la anarquía, que es su inmediata consecuencia, y en medio de todo esto abandonar á las sutilezas de una teología charlatana; pasar de viles desmanes á escrúpulos ruines; aplicar á la herejía la pena de traición, multiplicando los mártires inmolados á causa de intrincados enigmas, y por último sacrificar la seguridad interior y sus más hermosas provincias al capricho de un cisma nuevo (1).

Heraclio.—Como rayo de luz que se desprende de las nubes al ponerse el sol, brilló el reino de Heraclio con sus victorias ganadas á los persas, pero antes de terminar él su vida, lo envolvió un

(1) Jorge Finlay (*Greece under the Romans: a historical view of the Greek nation from the time of its conquest by the Romans until the extinction of the roman empire in the East*. Edimburgo 1844) muestra la lucha entre el genio griego y el romano y su reciproca influencia. Desde la conquista hasta Constantino se ve á Roma preponderar y á Grecia incorporarse enteramente al imperio. Desde Constantino hasta Justiniano, la Grecia, haciéndose cristiana, adquiere la libertad individual y sobrevive al imperio de Occidente. La época de Justiniano lo es de tirania legal, y el entendimiento griego permanece esclavo de la ley romana. Las consecuencias de semejante esclavitud se prolongan hasta Heraclio. Empezando entonces las invasiones de los árabes, los emperadores tienen que buscar apoyo en los indigenas, lo que da origen al elemento griego, que en tiempo de Leon Isáurico eclipsó del todo la civilizacion romana.

eclipse. Habia principiado á reinar en medio del indolente fausto de sus antecesores; y después, sin que nos indique la historia el motivo de tan repentina mudanza, se puso al frente de sus tropas y combatió como héroe. Cuando cesó aquel sacudimiento galvánico, volvió á caer en la inercia, y celebrando con pueril orgullo los triunfos alcanzados, olvidaba las derrotas que sus ejércitos experimentaban donde quiera por parte de los musulmanes, los cuales arrancaron al imperio la Fenicia, Damasco, Egipto, la Siria y hasta la Sagrada Jerusalen, sin que Heraclio osara ponerse á la cabeza de sus tropas, para sostener con su presencia el valor que habia devuelto el peligro á los pueblos amenazados.

Sus pensamientos se inclinaban á muy distinto punto; se ocupaba en hacer triunfar una herejía de invencion suya (629). Preguntó á sus doctores si, así como Cristo habia tenido dos naturalezas, tenia tambien dos voluntades ó una sola. Le respondieron que una sola, en atencion á que pura como estaba del pecado original, solo podia querer el bien. Al revés, los católicos sostuvieron que Cristo tenia dos voluntades, lo mismo que dos naturalezas, aunque estas dos voluntades, divina y humana, estuviesen siempre en armonia, porque no las ponía en oposicion el pecado. Quiso el emperador interponer su autoridad en este debate teológico, y formuló en la *Ectésis* (630), la doctrina de los *monotelitas* ó esposicion, que queria hacer general en todo el imperio, cuando la muerte llegó á desbaratar sus proyectos y á terminar su reinado que habia durado treinta y un años (641). Enseguida tomaron los monotelitas el nombre de Sirio Maron, cuyos discípulos acogieron esta doctrina, é hicieron especialmente prosélitos en los valles del Libano, donde los montañeses se enorgullecian con el título de *mardaitas* ó rebeldes.